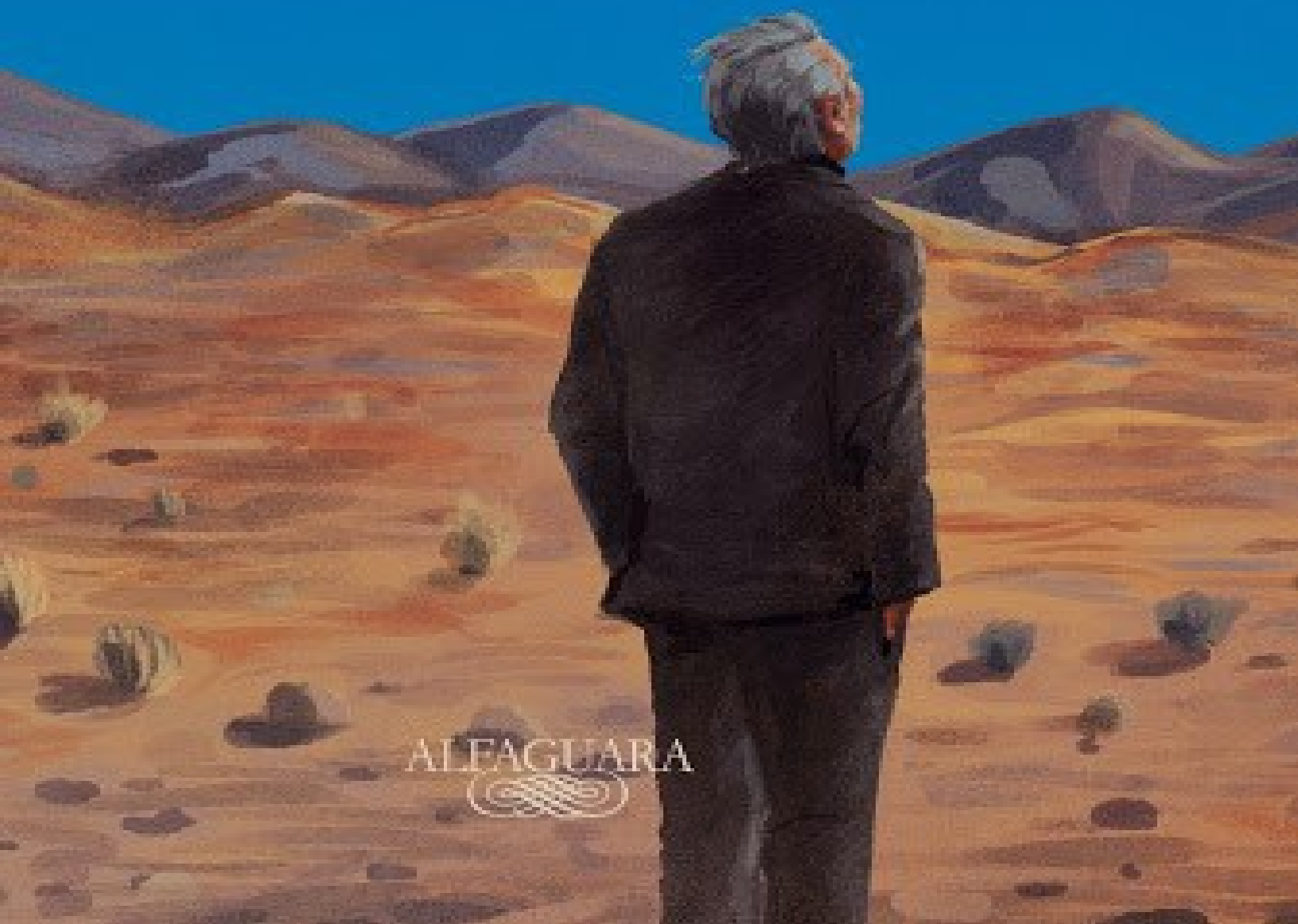


Hernán  
Rivera Letelier  
El hombre  
que miraba al cielo



ALFAGUARA

## Índice

Cubierta

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Créditos

*A la joven que me obsequió su nombre  
para prendérselo a la Saltimbanqui*

Creo que si mirásemos siempre al cielo acabaríamos por tener alas.

Gustave Flaubert

# 1

Fue un lunes de aluminio —los lunes son de aluminio— cuando la figura del hombre apareció entre la gente. Se paró en una esquina del paseo Prat, alzó la cabeza y se puso a mirar al cielo. Eso fue todo.

Era mediodía.

El paseo, como siempre a esa hora, desbordaba de gente y, entre la gente, personajes de todas layas y pelajes hacían su agosto: comerciantes, músicos, malabaristas, pordioseros —cojos, mancos, ciegos—, y más de algún predicador de Biblia en ristre anunciando el fin de los tiempos tal como se anuncia un espectáculo circense. Además, ahora último habían aparecido grupos de personas que se paraban en las esquinas mostrando un letrero: se regalan abrazos. Pocos eran los que se acercaban, la gente parecía temer al abrazo de un desconocido o desconocida, así tuvieran cara de pan de dios.

Sin embargo, nadie podía decir qué anunciaba el hombre que apareció aquel lunes en la esquina más concurrida del paseo. O qué vendía. O qué regalaba. Ni siquiera si anunciaba o vendía o regalaba algo.

Lo único que hacía era mirar al cielo.

Nada más.

Parado en la esquina, ajeno por completo al tráfico de mediodía, el hombre mira hacia lo alto. Al pasar junto a él, los transeúntes alzan la vista de reojo y al no ver nada extraño apuran el tranco y siguen su camino. Algunos se detienen, hacen visera con las manos e inquietan hacia arriba en busca del consabido objeto volante no identificado, pero como el cielo se ve limpio —ni una nubecita expósita dibujando alguna alegoría—, fruncen el ceño y se van haciendo claros gestos de contrariedad. Y están los que, entre serios y divertidos, terminan por acercársele con aire condescendiente y le hacen preguntas que el hombre, ensimismado en su afán, no oye o no le interesa responder.

Pasado el tiempo que demoraría una prédica, cuando ya hay varios con la cabeza levantada al cielo, el hombre baja la suya, se pone las manos en los bolsillos y, tan sosegado como su mirada, echa a andar hasta la otra esquina.

### 3

La primera vez que vi al hombre parado en mi esquina —la esquina máspreciada por pedigüños y artistas de la calle—, yo me hallaba de rodillas en el pavimento pintando con mis tizas de colores. Pintaba el barco pirata.

Pintaba y silbaba.

Los óvolos esa mañana habían sido escasos y yo, sin alzar la cabeza del dibujo, me demoraba en la calavera y los huesos cruzados, detalle que siempre dejaba para el final. Penélope tejiendo y destejiendo, me tardaba todo lo que podía en espera de oír el sonido de las monedas al caer en el tarro.

Ese primer día no hice mucho caso del hombre que miraba al cielo. En verdad no le hice nada de caso. Apenas levanté un tanto la vista para verificar que no venía ningún avión en llamas cayendo sobre mi cabeza y seguí coloreando.

El segundo día, un martes de plomo —los martes son de plomo—, dejé de lado un momento mi dibujo después de guardar las pocas monedas depositadas en el tarro, y me acerqué a fisgonear qué carajo era lo que miraba el hombre.

Junto a varias personas que había en torno a él escudriñando las alturas, levanté la vista y escruté un buen rato la lonja azul sobre mi cabeza.

No se veía nada. Ni un miserable jote rayando la pizarra del cielo.

Otro cristiano tan loco como yo, me dije.

Y seguí coloreando mi papagayo.



## 4

El hombre, alto y flaco, pelo blanco ceniza peinado hacia atrás, lucía una hirsuta barba de quince o más días, también blanca ceniza. Su cara era alargada, como la de los caballos. Si se tuviera que adivinar su edad, se tendría que decir que estaba entre los sesenta y la eternidad.

Vestía un terno a rayas, roído y anacrónico, y una despercudida camisa blanca abrochada hasta el último botón. En vez de corbata, llevaba un pañuelo negro anudado al cuello, de esos que se usaban antes para guardar luto. El cuero de sus zapatos gastados aún guardaba un unto del color bayo con el que alguna vez brillaron.

Parecía enfermo.

Tenía la piel reseca y pegada al hueso.

Sin embargo, lo que llamaba la atención no era su aspecto físico sino su actitud de suave mansedumbre. Y sus ojos color de agua limpia, que parecían lo único vivo de su rostro.

## 5

Era diciembre del 2015. El mundo aún se conmovía por el ataque terrorista en París. En Chile se había descubierto otro foco de corrupción a nivel gubernamental (la metástasis de este cáncer alcanzaba a la política, al comercio, al empresariado, al gobierno, al ejército, a la iglesia y ahora al fútbol). No hay para dónde arrancar, decía la gente, y aquí en Antofagasta seguían muriendo personas a causa del arsénico en el agua y del concentrado de cobre en el aire.

Al tercer día de ver al hombre mirando al cielo, un miércoles de bronce —los miércoles son de bronce—, una idea chispeó en mi mente, una idea que quiso ser metafísica y apenas quedó en perogrullada: si el hombre y yo estábamos locos, nuestras locuras eran directamente opuestas; él, con su actitud, hacía a la gente mirar para arriba; yo, con mis tizas, los hacía mirar hacia abajo. Lo mío era terrenal, lo suyo celestial.

Lo mío costaba algunas monedas, lo suyo era gratis.

Eso era lo otro extraño en el hombre, no mendigaba. No estiraba la mano ni tenía receptáculo alguno —sombrero, tarro, caja— para recibir ninguna clase de óvolo. A veces algún paseante de buen corazón le ponía un billete en el bolsillo de su paletó oscuro; luego venía otro, le metía la mano y se lo birlaba.

Él parecía no darse cuenta de nada.

O de verdad el dinero le importaba un carajo.

Tampoco le preocupaba la aparición de inspectores municipales o de carabineros. No anunciaba ni vendía ni regalaba nada. Por lo mismo, no tenía que andar arrancando como ocurría con artistas y comerciantes ambulantes.

Incluidos yo y mi amiga, la Saltimbanqui.

## 6

A mediodía del jueves —los jueves tienen el brillo metálico del acero—, cuando el hombre llegó a la esquina, yo coloreaba el cuadro que más monedas me daba, La Virgen y el niño. Como siempre, esperando más contribuciones, me regodeaba en delinear, borrar y volver a delinear los pliegues de la pañoleta de la Virgen cayendo virtuosamente sobre sus hombros. El ruido intermitente de las monedas en mi tarro eran como palmaditas en el hombro: Te está quedando bien, muchacho.

Tres dibujos agotaban mi repertorio: el barco pirata.

el papagayo.

la Virgen y el niño.

Yo no era Kurt Wenner, el padre de la pintura con tiza en el pavimento. Mis pinturas —más bien mis dibujos— no eran tridimensionales ni contenían crítica social alguna; en verdad no le llegaban ni a los talones a las del artista norteamericano. Lo mío era la escritura, pero nadie lo sabía. Los dibujos solo me daban de comer. Mientras rayaba el pavimento sin levantar la cabeza, silbando bajito como los pájaros, mi concentración estaba en el argumento de mi futura novela, obra que —sueño de todo escritor— cambiaría la historia de la literatura universal.

En menos de diez minutos, el Mirador, como había comenzado a llamarlo la gente, logró juntar alrededor suyo a una decena de personas que miraban hacia lo alto con unción de acólitos. Como esperando la segunda venida de Cristo, me dije pensativo.

Ese día, casi sin notarlo, presa de una curiosidad urgente, di por terminada mi obra, recogí las monedas, guardé mis tizas y me puse a esperar. A esperar que bajara la vista. Cuando lo hizo y echó a andar sin decir nada a nadie, sin responder ninguna pregunta, lo seguí. El anciano, con pasos despaciosos, caminó hasta la esquina siguiente y, allí, igual que en la anterior, sin decir esta boca es mía, alzó la vista y se quedó mirando hacia arriba.

Lo seguí por varias esquinas.

En todas hacía lo mismo. Llegaba, se detenía, veía el entorno como cerciorándose de no ser interrumpido y, con los pies levemente abiertos en compás, alzaba la cabeza y se ponía a mirar a las alturas. Aunque lo suyo —fue lo primero que pude percibir— iba más allá de mirar, más allá de observar o de escudriñar: lo suyo era contemplación pura.

Contemplación en el sentido teológico de la palabra.

## 7

Esa noche en la playa, sentado fuera de la carpa que compartía con la Saltimbanqui, comprendí de pronto qué era lo que miraba el Mirador. Y por qué lo hacía.

Después de lavar mis bluyines en el mar, mientras nos fumábamos un caño bajo las estrellas (y yo imitaba bajito el canto de un jilguero), lo vi.

Lo vi claro como el agua.

Es muy simple, le dije a mi amiga. Lo que hace el hombre en cada esquina es ponerse a mirar —y con eso hacernos mirar— más allá de los balcones, más allá de la arquitectura de cemento, más allá de donde revuelan las enhollinadas palomas edilicias. Haciéndonos levantar nuestra tullida cabeza de cerdo, el hombre nos hace mirar el cielo.

¿El cielo?, quedó pensativa ella.

Sí, el cielo.

Ese es su sermón, su mudo «sermón de la ciudad»: hacernos mirar el olvidado azul del cielo. Así de simple.

La Saltimbanqui le dio la última pitada al caño, alzó la vista y se quedó absorta. Después se volteó hacia mí. Un brillo nuevo relumbraba en su mirada.

Nos dimos nuestro primer beso.

Además, nos dijimos los nombres. Hasta esa noche, por mi afición a silbar, ella me llamaba Pajarito; yo, Saltimbanqui.

Ella no le decía su nombre a nadie. Tenía nombre de ángel medieval.

Me llamo Loredanna, dijo.

Lorenzo Millacura, me presenté yo.

## 8

¿Sabes, Carreta?, el hombre del campo no ve el cielo porque lo tiene siempre a la vista, y el hombre de la ciudad de tanto no verlo se olvidó de que había cielo. Eso fue lo que me dijo el Mirador la primera vez que hablamos. Y fue también la primera vez que me trató de Carreta.

Su voz sonaba como la de un robot.

Pero me estoy adelantando en la historia. Eso sucedió días después.

## 9

Con la Saltimbanqui —por decisión suya seguimos llamándonos por los apodos; nuestros nombres los pronunciábamos solo en la intimidad— nos habíamos conocido tres semanas antes. Ella tenía veinte años, yo veintidós. Ella venía de Santiago, yo de Temuco. Ella era descendiente de italianos; yo, de mapuche. Ella tenía un optimismo a prueba de tormentos, yo era de los que al cruzar una calle en un solo sentido miraba a ambos lados.

Yo ya dije lo que hacía.

Ella era malabarista de semáforo.

A veces, en bellos escorzos de danza, pirueteaba una esfera de cristal que parecía algo vivo en sus manos; a veces, subida en un monociclo, luciendo una nariz de payaso, hacía malabarismo con cuatro clavos. Y le iba bien, los automovilistas si no le dejaban monedas por su arte se las dejaban por su belleza. Era una trigueña que quitaba el aliento. En sus ojos color de arena un duende risueño hacía de las suyas.

Sin embargo, a ratos, como una imagen borrosa al fondo de una fotografía, yo notaba un fulgor misterioso en su mirada, algo que devenía en una dureza extrema.

Ojos de diamante, pensaba entonces: bellos y duros.

## 10

La mañana del viernes —los viernes son de níquel—, la Saltimbanqui amaneció especialmente campante y quiso acompañarme a mi esquina. Quería ver al Mirador. Nos fuimos por la calle tomados de la mano. Era la primera vez que lo hacíamos.

El verano ardía por los cuatro costados y ella, con su sombrero de ala ancha y un delgado vestido largo, como de gitana, parecía a punto de flotar en la reverberación del mediodía. Yo, con mi rusticidad de campo y mis bluyines rotos (no por moda sino de tanto arrodillarme en el pavimento), sin soltarle la mano, era su ancla a tierra.

Si la suelto, esta niña es capaz de ascender a los cielos, me decía, maravillado.

Alrededor del mediodía el hombre apareció en la esquina. Llegó, como siempre, con su terno de otra época, su pañuelo negro anudado al cuello y su andar parsimonioso. Se detuvo frente a nosotros, miró en rededor —por un instante sentí que nuestras miradas chocaron y se frotaron como hormigas— y, apoyando sus piernas abiertas en compás, levantó la cabeza dulcemente, como quien la acomoda en una almohada, y se puso a contemplar las alturas.

A la Saltimbanqui le impresionó sobre todo la mansedumbre de su sombra, la placidez que emanaba de su contemplación, el color de sus ojos (parecen teñidos de cielo, dijo). Se fijó asimismo en su actitud comprensiva hacia los transeúntes que, al verlo, alzaban la mirada de reojo, intercambiaban comentarios burlones y seguían su camino. A los pocos que se detenían y le hablaban, el hombre no se molestaba en responderles.

Cuando el anciano terminó su sermón, la Saltimbanqui estaba como magnetizada. De vuelta a la playa, mientras cruzábamos la plaza de Armas, se detuvo de súbito, me tomó del brazo y me dijo, con infantil entusiasmo:

Este hombre es el personaje de tu novela.

Como ella había tenido el gesto de decirme su nombre (vedado para los demás), yo, en retribución, le conté lo que a nadie había contado: que lo mío no era pintar sino escribir, que más que crear una obra pictórica, yo ansiaba escribir una novela. Y la libreta que llevaba a todos lados era justamente en donde hacía mis apuntes para esa gran obra que soñaba escribir alguna vez. Una novela en donde no pase nada y a la vez pase todo. Así le dije. Engreídamente.

Ella pareció entender a la perfección.

Tienes que hablarle, Pajarito, me dijo. Este hombre es tu personaje.

¿Tú crees?

Por supuesto. No hace nada y a la vez lo hace todo. Que haga levantar la cabeza de los celulares a los transeúntes, aunque sea por un instante, ya es mucho, ¿no te parece?

Y lo logra sin abrir la boca.



## 11

Por la tarde, mientras nos besábamos frente al mar, Loredanna me dijo que el hombre que miraba al cielo le había recordado una canción que le oía cantar a su madre cuando ella era pequeña, una canción de Celeste Carballo, una rockera argentina, «El dueño del cielo azul». Y me cantó una estrofa:

*El dueño del cielo azul  
me pidió que le dé la mano,  
y mi corazón lloró de amor.*

Por la noche me cantó la canción completa.

El domingo nos quedamos todo el día en la playa. Me contó algo de su vida. Era de Santiago. Había huido de su hogar a los catorce años. Se fue con un muchacho que hacía acrobacias en la esquina de su casa. Él le enseñó el oficio. Pronto descubrió que eso era lo suyo, que parecía haber nacido para eso. Cuando cumplió los diecisiete, y ya había superado largamente a su maestro, un automóvil atropelló al muchacho y lo mató. Desde entonces no había querido comprometerse con ningún otro hombre.

Yo le conté algo de mi vida. Me había criado en el campo, cerca de Capitán Pastene, un pueblito al interior de Temuco. Mis padres murieron en un incendio cuando yo tenía tres años de edad. Fui criado por mis abuelos. Mi abuelo era un lonco y mi abuela una machi. Antes de aprender a hablar imitaba perfectamente el canto de los pájaros. La gente me decía el Niño Pájaro.

Después me fui a estudiar a Temuco.

Lo que no le conté fue la historia de amor por la que abandoné los estudios y la ciudad y me vine al norte. La historia era simple: después de tres años de amar a una muchacha bella como la lluvia, de un día para otro ella había dejado de mirarme como me miraba. No pude resistirlo y hui. Y es que yo la había conquistado justamente con un verso que precisaba lo histriónico de sus ojos verdes: ¿Irías a ser ciega que Dios te dio esos ojos?

Por aquellos días yo estaba descubriendo a Huidobro.

## 12

Sábados y domingos son días inanes para los que vivimos del aporte de la gente. El centro se vacía casi por completo y las pocas personas que deambulan son de bajos ingresos: concriptos de franco, asesoras del hogar, ancianos solitarios monologando con las palomas. Y ese sábado y ese domingo no fueron la excepción.

Olvidaba decir que los sábados y domingos son de oro, aunque para muchos de estos paseantes son de pirita, *el oro de los tontos*.

Al despertar y levantarme el lunes siguiente, ya estaba decidido: de cualquier modo me las arreglaría para hablarle al Mirador. Trataría de averiguar algo sobre su vida. Se lo prometí a Loredanna.

Arrodillado en el pavimento, esperé al hombre pintando el papagayo. Como siempre, se apareció a la hora del mediodía. Dejé el dibujo sin terminar, guardé el tarro con las monedas recolectadas, tomé la mochila y esperé. Esperamos con la Saltimbanqui. Ella no se resistió y desde su esquina, Balmaceda con Baquedano —allí la luz roja duraba lo suficiente para hacer sus malabarismos y recolectar las monedas—, vino a acompañarme encaramada en su monociclo y luciendo su nariz de payaso. Quería oír qué diría el hombre. Si es que se animaba a hablar, claro.

Cuando el Mirador bajó la cabeza y echó a andar, en medio de las personas que le rodeaban —varios aún con la vista alzada—, le hablé.

No me contestó.

Lo seguimos hasta la otra esquina y allá pasó lo mismo. No se dignó a contestar ni mi saludo.

En la tercera esquina me la jugué. Apenas bajó la cabeza me acerqué y lo tomé de un brazo a la manera de los policías. Le dije: Disculpe, señor, me llamo Lorenzo, y creo haber descubierto cuál es el mensaje que nos quiere entregar en su sermón silencioso. Y le repetí lo que le había dicho a la Saltimbanqui en la playa.

Mientras me oía, sus ojos transparentes como de ciego me miraban con una mansedumbre que apabullaba. Luego, en un gesto de suavidad extrema, quitó mi mano de su brazo y, sin decir nada, echó a caminar de nuevo. Su andar y todos sus movimientos eran en tempo de adagio. Nosotros avanzamos a su lado. Le hice saber que no lo dejaríamos hasta que nos hablara.

Aunque sea para putearnos, le dije.

Entonces se detuvo.

Estábamos a mitad de cuadra, junto a un bote de basura y varios perros callejeros que

husmeaban. Acarició el lomo de uno ellos, luego metió su mano en el bolsillo interior del vestón y sacó una especie de micrófono inalámbrico. Nos hizo una seña para que nos acercáramos un poco más. Nos acercamos —su cuerpo olía como los mil demonios—, se corrió el pañuelo del cuello, se puso el aparato en la garganta y habló. Tratándome de Carreta , me dijo aquello de que el hombre del campo no veía el cielo porque lo tenía siempre a la vista y que el de la ciudad, de tanto no verlo se olvidó de que había cielo.

No mirar el cielo, dijo, es tan tonto como ir en un coche descapotable y no mirar el paisaje.

Su voz sonaba cavernosa.

Como la voz de Darth Vader, dijo después la Saltimbanqui.

## 13

Después supe que el calificativo exacto para su voz no era cavernosa sino esofágica; supe que el micrófono que usaba se llamaba laringófono; supe que él era un laringectomizado, y que el pañuelo negro al cuello, además de señalar su luto (un luto de veinte años), le servía para cubrir el estoma, y que estoma era como se llamaba clínicamente el agujero en la garganta por donde respiraba y hablaba. Y supe que no se lo cubría por vergüenza o vanidad —como hacían sobre todo algunas mujeres laringectomizadas, que se lo cubrían con collares y medallas—, sino para que no le entrara polvo durante el día y para que no le molestara el aire frío por la noche.

Días después supimos que estaba por morir.

Pero de nuevo me estoy adelantando.

## 14

Pocas cosas dijo aquella vez el Mirador. Y en muy pocas palabras. Después vimos que lo suyo era la síntesis. Como le cansaba mucho hablar y además las baterías del laringófono eran caras — todo esto lo fuimos sabiendo al paso de los días—, sintetizaba todo lo posible sus palabras, trataba de sacarles el máximo provecho a cada una. De modo que sus frases y oraciones se resolvían en unas especies de aforismos o proverbios (que yo iba anotando concienzudamente en mi libreta).

La felicidad, Carretita linda, no es otra cosa que un poco de cielo azul sobre nuestras cabezas, le dijo a la Saltimbanqui una vez que ella le preguntó si era feliz.

Y es que después de ese primer encuentro en la calle, seguimos viéndonos y hablando con el hombre. Aunque nosotros mismos no olíamos a rosas, nos costó acostumbrarnos al agrio olor de su cuerpo. Olor a humanidad, decía la Saltimbanqui. Por la tarde lo invitábamos a nuestra carpa y compartíamos con él nuestros exiguos alimentos. Le gustaban sobre todo las manzanas verdes, fruta que pelaba concienzudamente con una antigua navaja con cache de hueso, que sacaba del mismo bolsillo interior de su vestón en donde guardaba su laringófono. El bicho, como lo llamaba él.

Con la Saltimbanqui tratábamos de que no se sintiera solo. Le metíamos conversación. Más bien nosotros hablábamos y él escuchaba. De vez en cuando nos hacía una seña para que nos acercáramos y nos decía algo, alguna frase, alguna ocurrencia. Siempre tratándome a mí de Carreta, y a ella de Carretita linda. Muchas veces quisimos preguntarle si el apelativo tenía algún significado especial, pero no nos atrevimos.

Así, día a día, hilvanando sus palabras, sus dichos, sus sentencias, uniendo un comentario con otro, fuimos sabiendo algo de su vida. Era como ir armando un rompecabezas. La parte correspondiente a su pasado era más difícil de armar, soltaba pocas piezas; la parte de su futuro, lo que esperaba hacer con el resto de su vida, nos fue más fácil de componer.

Al cabo de unos días supimos que era oriundo de Chiloé, que este era el primer viaje de su vida y que iba rumbo a San Pedro de Atacama. No tengo a nadie por allá, dijo, pero llevo un sobre para el amigo de un amigo que conocí en Castro. Lo sacó de uno de los bolsillos exteriores de su vestón: era un sobre de color azul, de esos antiguos. Lo único que sé de ese pueblo, dijo, es que sus cielos son los más diáfanos del planeta y quiero acabar mis días en ese lugar.

Quiero morir bendecido por esos cielos.

## 15

Fue de la Saltimbanqui la idea de acompañar al Mirador. Es su viaje final, dijo, no podemos dejarlo solo. Además, Carretita, me dijo sonriendo, nos serviría para conocer San Pedro de Atacama.

Asentí. Para él era su viaje final, para nosotros sería nuestro viaje iniciático.

Sin embargo, dos días antes de la fecha acordada para partir, un viernes por la noche, a Loredanna la detuvo la policía. Fue acusada de rayar un automóvil. Cuando salió libre y la fui a buscar, me contó su secreto. Su pololo muerto, además de malabarista era anarquista, participaba en las protestas callejeras. Encapuchado. Por las noches volcaba e incendiaba automóviles, y por el día, a los estacionados en la vereda, los rayaba sin compasión. Se había fabricado un adminículo especialmente para tal oficio: un clavo de cuatro pulgadas doblado como un garfio y con un manguito de madera (un trozo de palo de escoba) para facilitar su manipulación. El *royalata* lo llamaba. A él terminaron por apodarlo el Capitán Garfio. Odiaba los automóviles y terminó muriendo atropellado por uno.

Ella, además de heredar su monociclo y sus clavas (la esfera de cristal y la nariz de payaso eran suyas), había heredado ese instrumento de «justicia social» con el que continuaba su misión reivindicativa de la gente a pie. Misión que aquí en Antofagasta, dijo, llevarla a cabo era un gusto. En ninguna otra ciudad había visto tanta soberbia de los conductores y sus descomunales camionetas 4 x 4. Sobre todo los de las compañías mineras. Usaban la bocina a destajo, no respetaban los pasos de cebra y se estacionaban sin asco en las veredas, obstaculizando el paso de los peatones.

Rayarlas es un acto de justicia, dijo.

Cuando había tiempo y seguridad de que no la sorprenderían, se daba el gusto de escribir en el capó el clásico: *Auto grande, pico chico*.

## 16

La Saltimbanqui fue dejada en libertad el lunes por la tarde. Al día siguiente, 22 de diciembre, tres semanas después de conocer al Mirador, emprendimos viaje. Nos fuimos a San Pedro de Atacama. El lugar adonde van a morir los miradores de cielo, le dije en voz baja a Loredanna.

El Mirador me oyó:

Adonde van a morir los *adoradores* del cielo, recalcó.

¿Por qué lo hicimos? ¿Por qué lo acompañamos? Yo al menos no tengo una idea clara. Nunca fui de espíritu gregario, nunca me llamaron la atención los profetas, los gurús, los salvadores de la humanidad. Si tuviera que definir mi credo en pocas palabras, diría: ni Mesías ni acólito; ni seguir ni que me sigan. Tampoco comulgaba con las ideas anarquistas. En verdad yo era un descreído. Creo en la duda y dudo de lo que creo, repetía siempre. Frase que después de mi desencanto amoroso se transformó en mi lema. Pero ese es otro asunto.

Nos decidimos a acompañar al Mirador un día en que la Saltimbanqui le preguntó por qué pensaba tanto en la muerte, y supimos que lo aquejaba un cáncer y que le quedaba poco tiempo de vida. Al ver nuestra expresión de tristeza, nos dijo que no lo compadeciéramos, que iba a morir feliz, lo esperaban los cielos más transparentes jamás vistos por sus ojos, y más encima había descubierto que estaba enamorado.

Sí, enamorado, repitió ante nuestra expresión de asombro.

Le preguntamos de quién.

Eso no importa, Carretitas, dijo.

Que si era correspondido, le preguntamos.

Eso es lo de menos, dijo. Lo grandioso de este sentimiento no es el amor que el otro siente hacia uno, sino el que emana de uno hacia el otro (yo me quedé con la boca abierta: era un disparo directo a mi pecho). Dijo que el sentimiento era tan potente que hasta lo aliviaba del dolor de su enfermedad.

Me hace el efecto de lo que ustedes fuman y que ya no puedo fumar, dijo.

Y que hiciéramos el favor de no preguntarle más nada. El bicho se estaba quedando sin batería.

De Loredanna era fácil enamorarse. Sobre todo del sortilegio de su sonrisa. Hasta el Mirador había sucumbido. Y es que además de su belleza física, la muchacha transmigraba una luminosidad jubilosa. Tenía el don de la risa sin ella saberlo; su risa, bella como el canto de pájaro, no solo le aliviaba el dolor físico al anciano, sino que estaba cauterizando mi propia herida de amor.

En los semáforos, cuando se hallaba alegre, la Saltimbanqui usaba la esfera de cristal; cuando se hallaba muy alegre, el monociclo y la nariz de payaso. Alegre y muy alegre eran sus dos estados permanentes. Yo, en cambio, cuando me hallaba sombrío, pintaba el barco pirata; cuando muy sombrío, la Virgen y el niño.

A veces, luego de verla ensayar sus malabares en la orilla del mar, le decía a Loredanna que me gustaría llegar a dominar un arte a la perfección, ser un virtuoso. Qué lata, replicaba ella sentada frente a mí en la posición de loto, la perfección debe ser muy aburrida.

El virtuosismo no le interesaba. Si ella fuera una virtuosa del malabarismo, decía, dejaría caer una clava de vez en cuando. Solo por divertirme.

Yo recordé algo que había leído alguna vez: los antiguos calígrafos japoneses dejaban caer una manchita de tinta para destacar la perfección de su trabajo.



Recostados de espalda en la tolva de fierro del camión minero que nos recogió esa mañana a la salida de Antofagasta, el cielo del desierto, profundamente azul, nos parecía empalagoso como una golosina.

Solo para animar un poco el escenario, dije que los escritores, al describir el color de un cielo enfurruñado de nubes, usaban a menudo el calificativo de «panza de burro». El cielo del desierto, a estas horas sin una sola nubecita expósita, ¿color panza de qué sería? Recostada junto a su monociclo, la Saltimbanqui dijo: color panza de unicornio. Y sonrió irónica (a ella nunca le había gustado Silvio Rodríguez; se quedaba con Pablo Milanés).

El Mirador, sentado frente a nosotros, apoyada su espalda en la baranda, dejó de lado la manzana que pelaba con su navaja, sacó su laringófono y dijo, con gravedad esofágica: no olviden que detrás de las nubes más grises el cielo sigue siendo azul. Sumándose al juego, prosiguió: este cielo es color paquete de vela, el mismo color del sobre que llevo en mi bolsillo. Y sacó el sobre azul que, ahora nos dimos cuenta, estaba abierto, y se fue gran parte del camino mirando un recorte de diario que iba adentro.

Nos habíamos ido temprano esa mañana a hacer dedo. Yo con mi mochila y la Saltimbanqui con la suya, más su morral y su monociclo. El Mirador se apareció con una especie de maletín de cuero antiquísimo. Habíamos quedado de acuerdo en encontrarnos en la bencinera de la calle Salvador Allende. De ahí caminamos hasta la salida hacia Calama.

A las ocho de la mañana nos paró el camión. Era de una compañía minera cercana a Baquedano. El hombre nos dejó a la salida del pueblo en donde nos comimos unos sándwiches y unas bebidas, y estuvimos esperando hasta las dos de la tarde, hora en que nos recogió una camioneta que nos adelantó nada más un trecho: iba hasta la posada El Oasis, distante apenas diez kilómetros adelante.

Allí estuvimos haciendo dedo toda la tarde.

Nadie nos levantó.

El silencio del desierto, solo interrumpido de vez en cuando por el ruido de un vehículo, era abrumador y daba la impresión de que se pegaba, como los bostezos, porque ninguno de los tres hablaba. Habíamos caído de pronto en un extraño mutismo; en la Saltimbanqui, por ser siempre la más ruidosa, se notaba más. Para exorcizar ese silencio que ya pesaba como lápida, me puse a imitar el canto de los pájaros. Cuando me cansé de silbar, el Mirador sacó el bicho, pidió que me

acercara y dijo que ya iría aprendiendo que el segundo placer más puro de este mundo era oír trinar al silencio.

El primero es mirar al cielo.

Ya entrada la noche, la dueña de la posada nos permitió dormir bajo una mesa, en un rincón del restorán. Era la primera vez que pasábamos una noche junto al Mirador (en Antofagasta, él dormía en el Hogar de Cristo) y aunque sabíamos que estaba enfermo, ahí nos dimos cuenta de lo grave que se hallaba. Se pasó la noche en vela, quejándose, tosiendo a cada rato, atorándose; tanto, que en un momento creímos que se ahogaba en su propia flema, la que debía expulsar —esto era lo peor de todo— por la abertura de su garganta.

Sin embargo, lo asombroso de aquella noche fue la confesión que en un momento, entre uno y otro acceso de tos, nos hizo. Dijo que hacía pocos meses había salido de la cárcel. No quiso decir por qué ni cuánto tiempo estuvo preso. Todo el comentario que hizo cuando Loredanna se lo preguntó fue: Años, Carretita linda, años viendo el cielo a través de los barrotes de una ventana. Luego agregó que el sobre que llevaba era para el amigo de un compañero de celda, un carreta oriundo de San Pedro de Atacama y que fue quien le habló de estos cielos.

Tiempo después supe que en las viejas cárceles del país, carreta llaman los reos a las tiendas y casuchas que alzan en el patio, en donde pasan las horas conversando, cocinando o laborando (reparando calzados, fabricando muebles, etcétera) y entre los que comparten estas chozas se tratan de carreta.

## 19

A la mañana siguiente, una camioneta nos recogió y nos dejó en María Elena, el último centro salitrero que sobrevivía en el desierto. Con su torta de ripios y sus usinas gigantescas, de lejos nos pareció el espejismo de un barco encallado en la arena.

«O una momia desenterrada y enterrándose», anoté en mi libreta.

Caminando por sus calles calcinadas sentimos que allí el sol ardía como en ninguna otra parte del mundo. Sentados en la plaza de piedra, frente al mercado —bajo la crispada sombra de un algarrobo seco—, yo rezongué que no podría pintar mis dibujos por la falta de pavimento. Y tampoco tenía sentido que el Mirador tratara de hacer que la gente mirara el cielo: por doquier que se mirara había cielo; el cielo estaba sobre todo y detrás de todo, sin nada que lo tupiera. Pensé, como decía el Mirador, que si solo se necesitara un poco de cielo azul sobre la cabeza para ser feliz, los pampinos serían la gente más feliz del mundo.

La Saltimbanqui nos trató de holgazanes y dijo que si estábamos en esa, ella también podría negarse a trabajar aludiendo la falta de semáforos. Lo dijo riendo, mientras se ponía su nariz de payaso para hacer sus malabares en las afueras del mercado. Le fue muy bien. Descubrimos que la gente de la pampa es muy dadivosa.

Esa mañana, admirando el acto de la Saltimbanqui, me dije, embelesado, que si el Mirador hacía mirar hacia arriba, y yo hacia abajo, ella hacía poner la vista ni en el cielo ni en el suelo, sino a la altura de la imaginaria raya del horizonte, el punto exacto de sus malabares. Uno seguía el movimiento de sus manos con la fascinación infantil con que se sigue el vuelo de un colibrí.

Por la tarde, yo conseguí permiso para pintar en las exiguas baldosas de la plaza, y con las monedas que hicimos entre los dos pudimos comer algo.

Caída la noche, una familia de obreros nos invitó a dormir a su casa. Antes de tendernos en los colchones que nos acomodaron en el piso del living, la Saltimbanqui se puso su nariz de payaso y les ayudó a los tres niños de la familia a adornar el arbolito de pascua. Yo les pinté un pesebre con mis tizas de colores. El Mirador no sacó su laringófono para nada. Hundido en un sillón de tevinil, miraba jugar a los niños con una expresión ida. Sus ojos habían adquirido esa tristeza húmeda de los perros abandonados.

A media mañana del día siguiente, vísperas de navidad, seguimos nuestro viaje. La familia nos invitó a que pasáramos la noche de navidad con ellos; se lo agradecemos en lo que valía pero nos negamos. Teníamos apuro en llegar a San Pedro.

Para salir de María Elena a la carretera había que pasar por el retén de carabineros, levantado

a la salida del campamento. El sargento de guardia, un hombre gordo con cara de bonachón, nos pidió los documentos. Ahí supimos que el Mirador se llamaba Pedro Armendáriz.

Como el charro mexicano, dijo el policía.

Luego de comprobar nuestros antecedentes, el sargento llevó al Mirador a una oficina adjunta a la sala de guardia y lo interrogó un buen rato. Antes de dejarnos marchar, nos llevó a la misma habitación a la Saltimbanqui y a mí, y nos preguntó si conocíamos al anciano de mucho tiempo. Le dijimos que no. Nos preguntó si sabíamos que el anciano acababa de salir de la cárcel. Le dijimos que sí. Nos advirtió que tuviéramos cuidado e hizo el gesto de degollamiento pasándose la mano de canto por la garganta.

Degolló a dos, dijo.

Nosotros nos quedamos alelados.

Después, el mismo carabinero nos embarcó en un vehículo que iba a Calama. Era una vieja camioneta de doble cabina. Su dueño, a quien el sargento conocía, se presentó como Serapio Rojas. Era el que abastecía de pescados a María Elena y Calama.

El paisaje entre María Elena y Calama era lo más inhóspito y solitario del desierto. Su soledad era acentuada lastimosamente por los cascotes de los pueblos fantasmas, desperdigados a ambos lados del camino, y por sus viejos cementerios olvidados.

Don Serapio, un viejo minero con aspecto de pastor evangélico, nos fue contando historias de ánimas en pena que se aparecían por esos lugares. Como la de la mujer vestida de novia que por las noches aparecía en la carretera haciendo dedo; cuando un conductor buena gente se detenía y la hacía subir al vehículo, luego de conversar un rato y de insinuarse provocativamente, la novia desaparecía dejando en el aire un denso olor a flores podridas.

Sin embargo, la historia que nos impactó a los tres fue la del ruido de batalla que se oía en cierto sector del desierto, en donde se habría llevado a cabo una de las tantas escaramuzas de la guerra de 1879. Por las noches, contó el hombre, y a veces en pleno día, traídos por el viento de la pampa, se oían los ecos de una barahúnda de sables, disparos de máuser, relinchos de caballos, gritos de soldados, toques de corneta y el lamento atormentado de heridos pidiendo un poco de agua por el amor de dios.

Sus historias, contadas con una parsimonia eclesiástica, más el calor del desierto y el espeso olor a pescado añejo, hacían del clima del vehículo algo sofocante. En un momento, pasando frente a uno de los cementerios —semejante a un corral sembrado de cruces polvorientas—, el Mirador sacó su laringófono y dijo que las cruces eran los peldaños para llegar al cielo. Luego, sin quitar la vista de la ventanilla, y como hablando consigo mismo, agregó misterioso:

A mí me está faltando solo un peldaño.

## 21

Llevábamos una hora de viaje cuando la camioneta quedó en pana. Ya habíamos pasado el pueblito de Sierra Gorda y estábamos a mitad de camino. Mientras don Serapio revisaba el motor con gesto ceñudo y trataba de repararlo, nosotros, ayunados en cuanto a mecánica, permanecíamos dentro del vehículo con las puertas abiertas.

El calor era de castigo.

Ajeno a todo lo que ocurría en su entorno, haciendo un extraño ruidito por la estoma, el Mirador se acomodó en el asiento y se puso a dormir profundamente. La Saltimbanqui y yo lo mirábamos en silencio. Yo todavía no lograba entender qué carajo hacíamos ahí, en medio del desierto, con un ex convicto que había degollado a dos personas, que respiraba por un agujero en la garganta, hablaba como extraterrestre y todo lo que hacía era citar y mirar al cielo, como si viviera esperando que en cualquier momento seres celestiales bajaran a buscarlo.

Se lo dije a la Saltimbanqui. Ella se encogió de hombros. Luego se bajó del vehículo.

Ya vuelvo, dijo. Voy a orinar.

Mientras la veía alejarse, internándose varios metros pampa adentro, hasta detrás de unos montículos de tierra, yo me volé contemplando las huellas de sus sandalias marcándose sutilmente en la arena. Con la reverberación de las arenas candentes, era como verla caminar sobre las aguas evaporadas de ese mar calcinado que es la pampa.

El Mirador seguía durmiendo.

Al volver la Saltimbanqui —sonriendo como solo ella sonreía— dijo que le tincaba que Fito Páez no había estado nunca en este desierto ni había sentido la sensación que acababa de sentir ella, cuando escribió la letra de esa canción que decía:

*¿Qué pasa en la tierra  
que el cielo es cada vez  
más chico?*

Tienes razón, dije yo, aquí el cielo chorrea por los cuatro costados. Da la impresión de que en cualquier momento nos llega al cuello.

El Mirador abrió un ojo, extrajo su laringófono (ahora, cada vez que lo veíamos meter la mano en el bolsillo de su vestón, un leve temblor nos sacudía: no sabíamos si iba a sacar su laringófono

o su navaja), lo limpió en la manga del vestón y dijo, cerrando el tema: Lo único que debemos temer, queridos carretas, es que el cielo de pronto caiga sobre nuestras cabezas.

Pareció la advertencia apocalíptica de un ser intergaláctico.

El motor no tenía arreglo. El dueño de la camioneta dijo que debía volver a Antofagasta por un repuesto. Nos dejó cuidando su joyita. Nos quedamos toda la tarde y toda la noche en la camioneta. Pudimos haber hecho dedo y continuar nuestro camino, pero no habría sido justo. El hombre no regresó sino hasta el otro día. Antes de partir nos dejó dicho que regaláramos los pescados, pues no estaban muy frescos y el calor terminaría de echarlos a perder por completo.

Alzando las colleras de pescados tratábamos de hacer parar a los vehículos. Nadie se detenía. Tal vez pensaban que los vendíamos. Solo una familia con cuatro niños y un perro salchicha detuvo su vieja furgoneta de los años sesenta. A cambio de todos los pescados que pudieron llevarse (dijeron que eran dueños de una pensión), nos dejaron algunas naranjas, un par de manzanas y la mitad de un pan de pascua. El resto los enterramos en la arena para evitar el mal olor.

Por la noche casi nos morimos de frío.

Descubrimos que en el desierto de Atacama el contraste entre las temperaturas del día y de la noche es extremo. Hicimos una fogata con algunos palos y trozos de neumáticos que recogimos a la orilla de la carretera. A ratos yo escribía. A ratos ella cantaba. A ratos el Mirador dirigía su vista hacia el cielo.

Y conversamos mucho.

El tema principal, por supuesto, fue el cielo.

Estábamos bajo los cielos más limpios del planeta y tal vez eso lo hizo hablar más de lo normal. Entre otras cosas, dijo que mirarlo de noche era cosa fácil: estaba la luna, las estrellas, las constelaciones, las estelas de los aerolitos. Lo esencial, carretitas, dijo, es saber contemplarlo de día, cuando no hay nada, solo la impavidez de su azul infinito y, a veces, un pedazo de luna desleída.

Tiene razón, dijo la Saltimbanqui, este cielo nocturno es demasiado bello para no mirarlo.

Brillante de cromos como auto nuevo, dije yo.

Como para rayarlo, dijo ella.

Al llegar la medianoche, y como celebración de la navidad, nos repartimos el trozo de pan de pascua. La Saltimbanqui lo rebanó en tres lonjas con el rayalatas, no quiso pedirle la navaja al anciano. Quien reparte se deja la mejor parte, dijo riendo.

Demostrando que también tenía sentido de humor, el Mirador nos hizo acercarnos: Repartió



Dios y se dejó el cielo, dijo.

Luego rechazó su parte del pan y se puso a pelar una manzana. Lo hizo como siempre, meticulosamente, cuidando de que no se le cortara la cáscara que veía crecer en espirales; daba la impresión de que más que comerse la fruta lo que lo regocijaba era ese ritual casi infantil de pelarlas sin que se le cortara la hebra

sin que se le cortara

sin que se le cortara.

Luego, mientras se comía la fruta rebanándola en gajos y echándosela a la boca con la misma navaja, a cuento de nada, y con la poca batería que le quedaba a su laringófono, se puso a contarnos la razón por la que había sido condenado a veinte años de cárcel.

Después se quedó dormido.

Como era su costumbre, el anciano no se expandió en detalles. En frases cortas y concisas contó que había matado en venganza por la muerte de su mujer y de sus dos hijas pequeñas. Mi mujer era joven y bella, dijo. Nos casamos cuando ella cumplió los veintiuno y yo tenía treinta y seis. Nuestras hijas, tan hermosas como ella, tenían cinco y nueve años de edad. La noche del crimen, como nunca lo hacía, me quedé con unos amigos en un bar y llegué a casa tarde. Los tres malos habían entrado a robar (se supone que iban dateados, pues por esos días yo había vendido una propiedad que heredé de mi madre y guardaba el dinero en casa). Sin embargo, no se conformaron con llevarse el dinero, además asesinaron a mi mujer y a mis hijas. En un acto de crueldad extrema mataron también a Cascabel, el perrito regalón de mi hija menor, ella era un angelito con síndrome de Down. Luego de ser detenidos, la justicia dejó libres a los tres por falta de pruebas. Yo sabía que ellos eran los asesinos y verlos libres por la calle me encabritó el ánimo. Entonces tomé justicia por mis manos.

Ellos degollaron a mi familia, yo los degollé a ellos, dijo con su voz robótica.

Calló por largo rato. Después, antes de quedarse dormido, agregó, como reflexionando, que en la cárcel unos se volvían más malos de lo que eran, y otros, buscando salvar su alma, se sumían en la lectura de la Biblia. Él simplemente se había hecho adorador del cielo.

El cielo fue mi salvación, carretitas, confesó.

La Saltimbanqui le contó lo del carabinero de María Elena, y que había dicho que se le acusaba de dos degollamiento, no de tres.

El tercero escapó, dijo el Mirador. Era el líder, el mayor de los tres y el más brutal, el que más se ensañó con mi familia, sobre todo con mi mujer. Esto me lo dijo ella misma cuando, media hora después del asalto (han pasado todos los años que han pasado y esa media hora aún me retuerce el corazón), volví a casa. Aún respiraba. Máталos, me dijo antes de morir. Años después la justicia dictaminó que ellos eran realmente los asesinos. Pero al tercero nunca lo pudieron hallar.

Cuando el Mirador se durmió, nosotros, pasmados aún por su confesión, armamos un caño y nos bajamos del vehículo a fumarlo. Luego, a insinuación de Loredanna y como para quitarnos el susto de la piel, nos fuimos a la cima de una colina de arena a hacer el amor.

Desnudos como las estrellas, bajo el influjo de la noche inmensa, nos amamos como si para cada uno fuera la primera y última vez. Aunque estábamos en el desierto más silencioso del mundo, sentimos la sensación sobrecogedora de oír el murmullo de una muchedumbre que nos contemplaba desde las graderías del universo. Al terminar de amarnos, exhaustos hasta el embellecimiento, nos quedamos tendidos mirando el cielo. Nos sentíamos atraídos como virutas de hierro por su fuerza magnética.

Escudriñando el firmamento, ahíto de cositas que brillaban, parpadeaban, cruzaban, caían, nos dimos a divagar sobre asuntos extraterrestres, fantaseando toda clase de conjeturas. En un momento, con el torrente de su imaginación desbordado, Loredanna (que decía no creer en Dios) me preguntó irónica cuál de todas esas estrellas habría guiado a los Reyes Magos hasta el pesebre.

Sin responder a su pregunta, y toreando su incredulidad, yo murmuré, bajito: ¿Y si todo este cielo que vemos, con sus millones de cuerpos celestes, no fuera sino el ojo facetado de una mosca cósmica?

¿La Mosca Dios, dices tú?

Nos largamos a reír.

Después, siempre mirando al cielo, nos pusimos a conjeturar sobre la muerte del Mirador. La imaginamos de tres maneras distintas.

Si es que antes no nos degüella a nosotros, dijo al final Loredanna.

## 25

(a) El Mirador muere a causa de su cáncer. Loredanna y yo hablamos con las autoridades de uno de los pueblitos más altos de la región para que nos dejaran sepultarlo en su cementerio.

Ahí estaría más cerca del cielo.

(b) El Mirador muere una noche de las más heladas del año. Dormíamos a la intemperie. Para no amanecer congelados hicimos tres fosas y nos cubrimos hasta el cuello con arena (abajo la arena aún se mantenía tibia). Primero enterramos al Mirador, con todo cuidado: no le fuera a entrar arena en la estoma. Con unos cuantos granos que se le introdujeran no podría respirar y moriría ahogado. Mientras procedíamos a cubrirlo, algo nos quiso decir, pero su laringófono ya no tenía batería. Luego nos enterramos nosotros.

Al día siguiente, Loredanna y yo despertamos semicongelados. El Mirador no despertó.

Terminamos sepultándolo ahí mismo.

(c) El Mirador muere una noche en que pernoctamos en el Valle de la Luna. Sin poder soportar el dolor, se aferra a las manos de Loredanna y le pide que por favor lo haga dormir para siempre. Usa la palabra eutanasia. Ella —a quien no le gusta la palabrita, pues dice que tiene connotaciones nazis— primero se rehúsa y luego se apiada de su dolor y lo asiste en su muerte.

Mientras, le canta bajito la canción de Celeste Carballo,

*El dueño del cielo azul  
me pidió que le dé la mano,  
y mi corazón lloró de amor.*

La Saltimbanqui recoge un puñado de arena y se la va dejando caer por el agujero de la garganta, grano a grano, despaciosamente, inexorablemente, como un reloj de arena.

El Mirador muere en sus brazos.

Lo sepultamos sobre una colina con forma de seno. Sobre su tumba escribimos con piedrecillas de colores, pintadas a tiza:

*El cielo lo amó.*

A las diez y media de la mañana del día siguiente apareció el dueño del vehículo con el repuesto. Nos traía además un termo de chocolate navideño. En menos de una hora cambió la pieza y pudimos seguir camino. Llegamos a Calama pasado el mediodía. Era la última parada antes de San Pedro de Atacama.

Como en Calama había semáforos y paseos peatonales, la Saltimbanqui pudo ejecutar sus malabares y yo pintar con mis tizas. Calama es la ciudad minera por antonomasia, allí no falta el dinero ni el trabajo, y las monedas que juntamos esa tarde nos alcanzaron para comer opíparamente, dormir en una residencial y comprar pasajes en bus para, al día siguiente, emprender nuestro último tramo.

Al igual que en María Elena, el Mirador no necesitó realizar su acción en las esquinas: la ciudad era de construcciones bajas y la gente aún no perdía de vista el cielo. Lo que hace falta aquí, dijo, es un mesías que les haga saber cuántos pares son tres moscas, y los redima del vicio y la perdición de los burdeles.

Por la noche, buscando una residencial donde dormir, nos estorbó el paso una camioneta 4x4 estacionada desfachatadamente sobre la vereda. La Saltimbanqui se detuvo, sacó el rayalatas de su morral y, sin decir nada, transfigurado su rostro en un rictus de extrema fiereza (su transfiguración logró de verdad amedrentarme), la sancionó con un rayón desde el tapabarros delantero, pasando por ambas puertas, hasta el tapabarros trasero.

Al día siguiente partimos a San Pedro.

Besándonos con Loredanna en los últimos asientos del bus, sentí de pronto, a mitad de camino, que debía contarle sobre mi anterior historia de amor. Sentada junto a la ventanilla, me escuchó en silencio. Al final, giró la cabeza hacia afuera y, contagiada tal vez de los proverbios del Mirador, solo dijo: Amar es como mirar al cielo de día.

Yo no entendí bien qué quiso decir, y ella no habló más en todo el viaje.

San Pedro de Atacama, a más de dos mil quinientos metros de altitud, nos cautivó de entrada. Pequeño, fósil, apunado, con calles de tierra y casas de piedra, el pueblo parecía haberse desnortado en el tiempo.

La puna nos hacía levitar y un magnetismo alcohólico nos embriagaba los sentidos. Arriba el cielo lo desbordaba todo: daba la impresión de que con solo levantar las manos estas quedarían manchadas de azul. Loredanna y yo nos sentíamos satisfechos. Habíamos cumplido. El Mirador se veía feliz y, arrebatado de cielo, sin sacar su laringófono, solo moviendo la boca —nosotros leyendo sus labios—, repetía a cada paso: Esto es el Paraíso.

En verdad, sentíamos que todo allí nos estaba esperando, hasta el anciano al que le pedimos un poco de agua. Sentado a la puerta de una casa de piedras, que se veía como de las más antiguas del pueblo, parecía haber estado aguardando nuestra visita para contarnos las cosas que nos contó.

De chupalla con barbiquejo, un rostro de cartón corrugado y en sus ojillos centenarios asomándose el duende de una sabiduría ancestral, el anciano nos preguntó en qué menesteres andábamos. Su voz sonó sorda, sin tonos ni inflexiones. Cuando se enteró de nuestra historia, nos ofreció una banca de madera, hizo que su mujer nos sirviera una jarrada de ulpo y nos estuvo hablando por un buen rato.

De lo poco que entendimos —sus palabras eran como de adobe—, sacamos en limpio que lo de nosotros no era nada nuevo, que desde siempre, desde el principio de los tiempos, las estrellas producían una fascinación extraña en el espíritu del hombre, tanto así que si ellas fueran visibles desde un solo lugar en la tierra, la gente viajaría sin parar a ese sitio para verlas.

Nos contó que de niño a veces dormía con su abuelo en un descampado, tendidos sobre un cuero de cordero, mirando el milagro del cielo. En esos tiempos se veían *muchimas* más estrellas de las que se ven hoy, aseguró.

Sin embargo, lo que más nos impresionó fue lo que dijo sobre la creencia de su abuelo y del abuelo de su abuelo: que las almas de los muertos pasaban a integrar el río de almas. Y apuntó hacia arriba.

¿Río de almas?, balbuceó la Saltimbanqui.

Sí —dijo el anciano—, lo que los sabios de hoy llaman Vía Láctea.

Luego le dio al Mirador las señas para llegar a la dirección escrita en su sobre azul. Al despedirnos, nos recomendó que fuéramos al valle de la Luna para mirar y admirar mejor la belleza del cielo.

Al atardecer, sentado en la plaza, antes de partir al valle de la Luna, el Mirador, que se sentía muy enfermo —la altura afectaba su respiración—, nos pidió que lo esperáramos un poco. Iba a entregar el sobre y volvía.

No quiso que lo acompañáramos.



En el valle de la Luna la noche nos esperaba en toda su magnificencia. Inmensa, pura, sin ninguna contaminación lumínica, como dicen los astrónomos, abría para nosotros los cielos más transparentes del planeta. La Saltimbanqui y yo, enmudecidos y desconcertados, comprendimos que su esplendor inenarrable era una invitación imperiosa a armar un caño de los más grosos.

Nos pasamos la noche adorando el cielo.

El Mirador se veía transfigurado. Con los brazos en alto, recortado contra la luz de las estrellas, parecía querer beber del firmamento como se bebe el agua de un río: con el cuenco de las manos. Tenía los ojos arrasados en llanto. En un momento, ya casi al amanecer, sacó el laringófono, se corrió el pañuelo del cuello y acercó el instrumento al agujero de su garganta: Acabo de completar la cruz del último peldaño que me faltaba, dijo.

Lo dijo con el postrer aliento de la batería. Y fue lo último que le oímos decir. Después lanzó su laringófono lejos, lo arrojó como si estuviera arrojando su propia voz, las palabras, el lenguaje.

El verbo dejaba de ser Dios.

Al amanecer, antes de que llegara la patrulla de carabineros a buscarlo —lo acusaban de homicidio en primer grado—, Pedro Armendáriz, el Mirador, el adorador del cielo, murió en los brazos de la Saltimbanqui.

Después se supo que la dirección escrita en el sobre era la del tercer asesino de su familia, y que se la había dado su último compañero de celda, un reo oriundo de San Pedro de Atacama. En una tarde de mates y confesiones en su carreta, él le había contado por qué estaba preso, y le mostró el recorte de diario en donde aparecía su mujer y sus dos hijas asesinadas, más la foto de los tres sospechosos del crimen. Aunque el recorte era de hace veinte años, y las fotografías ya estaban un tanto borrosas, su compañero creyó reconocer a uno de los hombres, el de más edad, como el de un forastero que por ese mismo tiempo —veinte años atrás— había llegado a San Pedro de Atacama. Me acuerdo clarito, dijo, porque fue el primero que se instaló con un taller de pedrerías.

Y le dio la dirección.

De modo que en cuanto el Mirador cumplió su condena y salió en libertad, se vino al norte en su búsqueda. La Saltimbanqui y yo lo habíamos ayudado a llegar al escondite del tercer asesino de su gente.

Esa tarde, al separarse de nosotros, no le costó nada hallar la dirección, estaba a dos cuadras de la plaza. Era una vieja casona de adobe (después la conocimos) con un pequeño taller de orfebrería. Encontró al hombre que buscaba de pie ante un pequeño banco de trabajo, enfrascado en el desgaste de una piedra en un medallón de bronce; tenía puestas unas pequeñas antiparras de vidrio verde y un sucio colete de lona. En un rincón de la habitación había un anciano en silla de ruedas oyendo música del recuerdo en una pequeña radio a pilas.

El Mirador entró y se paró ante el hombre. Este, sin dejar de hacer lo que estaba haciendo, le preguntó qué se le ofrecía. El Mirador se metió la mano al bolsillo, sacó el sobre azul con el recorte de diario y se lo extendió. El hombre dejó de trabajar, alzó el vidrio de las antiparras y se quedó mirándolo un instante. Luego dejó la pequeña lima en el banco y, antes de recibir el sobre, se limpió las manos en el colete. Cuando lo abrió y vio su contenido, empalideció. Miró al anciano de la silla de ruedas, como pidiendo ayuda.

Esto pasó hace mucho tiempo, fue lo único que se le ocurrió balbucear.

El Mirador volvió a meterse la mano en el bolsillo, ahora para sacar el laringófono. Se lo puso en la garganta y dijo, pausadamente: Para mí aún sigue siendo hace media hora.

Junto con el laringófono había sacado su navaja y, en un movimiento rápido, de especialista, ante el espanto del anciano paralítico (quien fue el que contó después cómo habían ocurrido los hechos), le rebanó la garganta de lado a lado. Antes de salir de la casa acomodó el sobre azul con el recorte de diario sobre el pecho del hombre muerto, y como pisapapeles dejó el arma homicida.

Quería que supieran quién había sido.

Cuando volvió a la plaza, yo y la Saltimbanqui lo encontramos extraño. Estoy listo para partir, fue lo único que pronunció, solo moviendo los labios. Ahora sé que lo dijo en los dos sentidos. Estaba listo para irse al valle de la Luna, como lo hicimos, y listo para ir a integrar el río de almas.

El asesinato por degollamiento causó revuelo en el pueblo. Después de un día y medio de interrogarnos a la Saltimbanqui y a mí, nos dejaron libres de toda sospecha. Entonces pudimos comenzar los trámites para sacar el cuerpo del Mirador de la morgue y darle una cristiana sepultura. Lo enterramos en el cementerio de Talabre, un pueblito aledaño a San Pedro de Atacama, de apenas cien habitantes, alzado al pie del volcán Láscar.

Es el pueblo a más altura del lugar.

El más cercano al cielo.

## 31

Si hasta ese momento creíamos haber terminado con todo lo que tuviera que ver con el Mirador, nos equivocábamos.

Al día siguiente del funeral, mientras nos preparábamos para regresar a Antofagasta, uno de los carabineros más jóvenes del pueblo se nos acercó en la calle —más bien se acercó a la Saltimbanqui— y dijo que el hombre a quien nuestro amigo había matado no era el que buscaba. Lo quedamos mirando. El policía se dio su tiempo y luego explicó que tras las primeras indagaciones se pudo constatar que el tercer integrante del trío de asesinos era el anciano de la silla de ruedas y que el individuo que terminó degollado era su hermano.

Otro pájaro de cuentas, dijo.

Al ver nuestro desconcierto, y para impresionar aún más a la Saltimbanqui, el policía hizo una nueva pausa, se acomodó la gorra y remató orondo: Hoy por la mañana el paralítico fue hallado muerto en el calabozo del retén donde había quedado detenido luego de los interrogatorios. Se cree que sufrió un ataque al corazón.

Miré a la Santimbanqui.

Ella solo se alzó de hombros.

Más tarde, caminando hacia la salida del pueblo, dijo pensativa: Con esto el Mirador ya tiene el peldaño que le faltaba para llegar al cielo.

Creo que le sobró uno, dije yo.

Han pasado dos años desde entonces. El terrorismo sigue golpeando al mundo; en Chile, la metástasis de la corrupción no se detiene, y en Antofagasta el arsénico y el concentrado de cobre siguen matando gente.

El futuro me parece un «rencor vivo» (estoy leyendo a Rulfo).

Después del viaje a San Pedro de Atacama la Saltimbanqui y yo nos separamos. Ella volvió a la capital con sus avíos de malabarismo y su rayalata justiciero. En un momento insinuó que me fuera con ella, pero sin mucha convicción. Ya no me mira como al principio, recuerdo que pensé. Tras la muerte del Mirador se había vuelto taciturna.

Al despedirse me dijo que mi deber era volver al sur. Mira mapuchito, dijo en tono neutro, vuelve a la Araucanía a luchar con tu gente, cambia las tizas por la boleadora. Es tu deber como artista consciente. Y sin dejar que le respondiera, dio la media vuelta y se fue. Yo aún no sé qué le hubiera dicho. Tal vez le habría repetido esa perogrullada de que el primer compromiso del artista es con su arte, antes que el compromiso político, social, religioso o, incluso, moral.

El asunto es que me quedé en Antofagasta. La conjunción mágica del paisaje nortino — desierto, mar y cielo— atrapó mi espíritu para siempre. Ahora vivo en una pensión. Durante el día coloreo el pavimento con mis tizas y por las noches escribo. Ya no pretendo hacer una novela, ni una crónica ni un cuento, solo contar una historia. Una historia no tiene fronteras. No sé si algún día la terminaré. No sé si quiero terminarla. Lo que me colma es el proceso de escribirla. Muchas veces me demoro en una frase —como me demoro en un detalle de mis dibujos— solo para sentir un poco más esos instantes de gracia tan reales e intensos como el sonido de una moneda en el tarro de los óbolos.

En esta historia donde no pasará nada y a la vez pasará todo —como le dije una vez a la Saltimbanqui— busco hacer convivir la simpleza de un canto de pájaro con el dramatismo de un autorretrato de Van Gogh.

Por lo menos a eso aspiro.

Engreídamente.

Si algún día la termino y se publica (y aunque no se publique), por supuesto que estará dedicada a ella y al viejo que miraba al cielo.

Que adoraba al cielo.

\*\*\*\*

Hace poco me enteré de que, en Santiago, la Saltimbanqui murió manipulando una bomba en la puerta de un banco.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Hernán Rivera Letelier © © 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.  
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-258-492-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.





cover